



Universidad de la República

Facultad de Ciencias Sociales

Instituto de Ciencia Política

Tesis de Grado - Licenciatura en Ciencia Política

Política y emociones: el caso del fútbol uruguayo.

Autora: Sofía Idiarte Tarela
Tutora: Dra. Laura Gioscia

Montevideo, Uruguay
Diciembre de 2017

Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	4
1. La pertinencia del entramado entre política y emociones.....	5-8
2. Profundizando en el giro afectivo y en la sociología de las emociones.....	8-10
2.1 Comprender qué son las emociones.....	10-16
3. En Uruguay: acerca del mito primordial y su nostalgia.....	16-18
3.1 Épica narrativa: picardía y garra criollas.....	19-26
3.2 Mujeres y fútbol.....	26-27
3.3 Sobre la violencia en el fútbol.....	27-29
3.4 Las barras bravas.....	29-31
3.5 Fútbol, Estado e Instituciones deportivas: medidas paliativas a la vista.....	32-36
Conclusiones.....	37-38

Resumen

Este ensayo ubica al fútbol como fenómeno político cultural típico del Uruguay. En primer lugar propongo un acercamiento al giro afectivo y la sociología de las emociones entendiendo al fútbol como una cuestión política inseparable del cuerpo y de las emociones. Recorro el espectro de emociones vinculadas a este deporte. En segundo lugar, me centro en el fútbol uruguayo haciendo foco en la nostalgia del mito primordial, la épica narrativa y sus consecuencias en la conformación sus auto y heteroimágenes, las cuales llegan hasta nuestros días. La tercera parte versa sobre la violencia en el deporte, en particular la ejercida por las barras bravas y en cuarto lugar me detengo primero en un aspecto teórico vinculado a la posible intervención del Estado en estas lides y en el aspecto práctico referido a los clubes deportivos y las medidas utilizadas para lidiar con la problemática de la violencia. Por último, señalo la relevancia de la educación de las emociones como herramienta para el autoconocimiento de las pasiones y la posibilidad de gobernarlas.

Palabras clave: fútbol, Uruguay, giro afectivo, sociología de las emociones, violencia.

Abstract

This essay places football as a political-cultural phenomenon typical of Uruguay. In the first place, I propose an approach to the affective turn and the sociology of emotions, understanding football as a political issue inseparable from the body and emotions. I go through the spectrum of emotions linked to this sport. Second, I focus on Uruguayan football focusing on the nostalgia of the primordial myth, the narrative epic and its consequences in shaping their self and heteroimages, which reach our days. The third part deals with violence in sport, in particular the violence exercised by the bullfighters and in fourth place I stop first in a theoretical aspect linked to the possible intervention of the State in these conflicts and in the practical aspect referred to sports clubs and the measures used to deal with the problem of violence. Finally, I point out the relevance of the education of emotions as a tool for the self-knowledge of passions and the possibility of governing them.

Keywords: soccer, Uruguay, affective turn, sociology of emotions, violence.

“La tecnocracia del deporte profesional ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegría, atrofia la fantasía y prohíbe la osadía. Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea muy de vez en cuando, algún destacado carasucia que se sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo, y al juez, y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad.” Galeano, 2010

Introducción

Dos inquietudes me impulsaron a realizar este trabajo. Por un lado, mi vínculo con el fútbol a través de mi padre, y por otro, la posibilidad de entenderlo desde una mirada académica.

Compartíamos el mismo fanatismo por este deporte y era a través de la terminología futbolística con la que mi padre me transmitía sus sentimientos y puntos de vista respecto a los distintos órdenes de la vida, pero siempre a partir de metáforas futbolísticas.

Así se hacía entender y ese era nuestro lenguaje compartido.

Hoy trato de tomar distancia y trato de entender el fenómeno del fútbol como caso de estudio: veinte años atrás, era una niña que incorporaba muchas referencias futbolísticas, en su mayoría teñidas de una subjetividad masculina que hoy entiendo como hegemónica; una niña que generaba el acercamiento a su padre a partir de ese recurso. Más allá de una ineludible y situada mirada de género, considero que la mía es una experiencia compartida por todos aquellos que comulgan con este modo de comunicarse y de vivenciar este deporte.

El denominado giro afectivo contemporáneo en el campo de las humanidades y de las ciencias sociales, me ha permitido comenzar a indagar en este fenómeno que, si bien necesita de un abordaje interdisciplinario, supone una vía de entrada a partir de la reivindicación del rol de las emociones como respuesta al hiperracionalismo imperante en las ciencias sociales.

1. La pertinencia del entramado entre política y emociones

Lo que motivó la realización de este trabajo es el gusto por el fútbol desde temprana edad compartido con mi padre. Por tal razón, hoy me propongo indagar más sobre la lógica que enmarca al funcionamiento de este deporte en nuestra región. Una lógica con particularidades dignas de analizar desde la mirada del giro afectivo contemporáneo tomando también los estudios sobre violencias.

El giro emocional o giro afectivo en el campo de las humanidades y de las ciencias sociales ha tenido un fuerte impulso en los últimos años como contrapunto a la concepción restrictiva y abstracta de la racionalidad propia de gran parte de los discursos dominantes de la modernidad.

Como señala García Ruiz (2016), uno de los desafíos fundamentales para la política contemporánea, entendiendo la contemporaneidad más allá de una delimitación cronológica, es la articulación entre emociones y racionalidad. No hay una única definición para las emociones, los afectos y sentimientos, ya que estos pueden ser interpretados de modo diverso según autores y tradiciones. Tampoco hay un “uso” unívoco de los mismos sino múltiples contextualizaciones. Este giro emocional adquiere significados específicos según los diferentes contextos de enunciación y producción.

Fenómenos políticos tan dispares como el sentimiento de precariedad, las reivindicaciones públicas de índole diversa, los sentimientos políticos en las redes sociales virtuales, el capitalismo y el consumismo emocional, son ejemplos de asuntos en los cuales el rol de las emociones suscita importantes debates. Las emociones ya no “pertenecen” a la psicología como objeto de estudio, sino que se abordan desde hace tiempo ya desde la sociología de las emociones¹ y la antropología y ha ingresado en la teoría política de modo más reciente. Pero la importancia del giro afectivo está en el rol de las emociones en la vida pública. (Gioscia, 2017)

Considero que tratar las características del fútbol como manifestación cultural uruguaya típica resulta interesante y más aún si me centro en el enfoque del giro afectivo para su

¹ Existe una vasta bibliografía sobre emociones, cuerpo y sociedad. Entre otros ver: Jasper, J. (2012) y Scribano (2012). También trabajos previos de Katherine Lutz (1988), Arlie Hochschild (2008) y Eva Illouz (2007).

tratamiento. Es decir, es un tema no tradicional para la política pero que sin dudas deviene en político por todos los factores que involucra y desarrollo a lo largo de este trabajo

Este trabajo es de carácter político, si entendemos a la política como coordinadora de diversas perspectivas tales como la autodirección de las comunidades, la asignación de valores, la búsqueda de patrones legítimos de valores y políticas compatibles, el arte de lo posible, la coordinación del aprendizaje social, la realización de los objetivos de una sociedad, el cambio de estos objetivos, así como la fijación de objetivos nuevos y la autotransformación de todo un país o nación, su pueblo y su cultura. (Bolívar Meza, 1999:48)

Se pretende abordar las diferentes aristas de las emociones que derivan en política a partir del fútbol desde la multiplicidad de visiones formales e informales que en él convergen, desdibujándose así los límites rígidos y dominantes y dando paso a otros más permeables. Este trabajo intenta reivindicar a la disciplina desde una perspectiva emocional, antropológica, histórica, buscando un redescubrimiento de la importancia de los símbolos en la cotidianidad sociopolítica de nuestro país. Es el descubrimiento de las posibilidades que da la lectura simbólica del juego, en este caso del fútbol. (Morales, 2013:1)

Partiendo de esta base entonces, trataré aquí el reconocimiento de la carencia en nuestra² ciencia política de la importancia del estudio de las emociones y las pasiones; del entendimiento de las mismas no sólo como factores influyentes en todas y cada una de nuestras acciones como individuos y como sociedad, sino más bien como los motores fundamentales de tales comportamientos. Se trata de comprender la idea de que las personas prefieren o aceptan más lo que consideran bueno y menos lo que perciben como malo (en palabras de Victoria Camps), más allá de lo que aporta al respecto la teoría de la acción racional.

Como bien señala Paulo Ravecca en su artículo *La ciencia política y la política de la ciencia*, son diversas las escuelas de pensamiento que han reflexionado sobre la relación entre el saber y el poder, tal como la plantea Foucault. Esta perspectiva, por tanto, no es

² Refiriéndome a Uruguay.

nueva en el ámbito de las ciencias sociales. Me refiero a la autoevaluación que hace la ciencia política de sí misma, concretamente. “(...) Si la sociología y la antropología han instalado desde sus orígenes una mirada que apunta a la auto-problematización, este ejercicio no es muy frecuente en tiendas politológicas.” Esta situación puede verse como un déficit, explica Ravecca, ya que la disciplina llamada al análisis del poder y de los asuntos colectivos parece ser de las menos interesadas en reflexionar en términos de los efectos políticos de su propio discurso. Conuerdo con el argumento de que con frecuencia, “al menos en América Latina, la ciencia política le da la espalda a su propia politicidad”. (Ravecca, 2007:1)

Considero que debe reverse la forma de evaluar y valorar este tipo de análisis o investigaciones que se enfocan en lo emocional, aquello que no por estar fuera del marco del núcleo duro de la disciplina es menos relevante o banal. Sin apelar afanosamente a una objetividad supuesta, sin el uso de herramientas estadísticas que “avalen” la veracidad de los hallazgos personales, me dispongo a hablar del poder de la comprensión de las emociones involucradas en esta actividad deportiva y de cómo desde el Estado y la academia se puede aportar a la problemática de la violencia dentro y fuera del marco espaciotemporal del juego, así como del resto de las pasiones allí involucradas.

“La teoría política de la modernidad posee una asunción subyacente: la exclusión de las emociones como base de una argumentación en extremo hiperracionalista.” (Máiz, 2010:11). Esta es una concepción que afortunadamente hoy está en cuestión, que hoy podemos refutar. Entiendo que el manejo adecuado de las emociones, por ejemplo, en la resolución de conflictos, no resulta fácil. Implica la toma del camino más complejo. El camino más largo. Implica una atención adicional a la hora de actuar por parte de la persona que la vivencia; implica el rico trabajo de mixtura entre razón y pasión, cuyo logro suele ser supremo. La sola razón apacigua y desarticula esta posibilidad.

Ingresando en la parte más teórica del trabajo, Victoria Camps agrega a esta idea la siguiente pregunta, “¿por qué el conocimiento del bien no nos hace buenas personas? Y es que son las emociones o los sentimientos las que proporcionan la base necesaria al conocimiento del bien y del mal para que el ser humano se movilice y actúe en consecuencia con ello.” (Camps, 2011:17)

Por eso entiendo que el análisis de las emociones supone una forma diferente de abordaje académico, comprendiendo que el poder identificar las emociones, su contenido evaluativo y su relevancia como sustento de la cultura pública, puede ser el soporte sobre el cual las sociedades pueden aspirar a un renovado ideal de justicia social, como plantea Martha Nussbaum en su libro *Emociones políticas: ¿Por qué el amor es importante para la justicia?*

“La política se ha elaborado teóricamente como el reino por excelencia de lo racional, como la *hazaña de la razón*. El Estado mismo, como monopolio del poder político y de la violencia legítima se justifica, precisamente, por su capacidad inigualable de domesticar las pasiones: “¿Por qué se creó el Estado? Porque las pasiones de los hombres no se adecuan a los dictados de la razón y la justicia sin la presencia de coacción” (Máiz, 2010:15).

1.2 Profundizando en el giro afectivo y en la sociología de las emociones

Comencemos por recordar que la comprensión de las emociones no implica un uso unívoco de los afectos, que los conceptos utilizados varían según autores y contextos. Sin embargo, podemos acordar en que toda visión del giro afectivo critica las dicotomías, en particular las de razón o mente y emociones y cuerpo y mente como separables en la investigación.

Me resulta interesante el aporte de Leonor Arfuch respecto al giro afectivo: no debería resultarnos novedosa la creciente atención a las emociones como fuente privilegiada de verdad sobre el sujeto, "según algunos autores este giro vendría como reacción al giro textual, a la primacía de lo discursivo en olvido del cuerpo y de las emociones, quizá influencia del psicoanálisis y el post estructuralismo." (Arfuch, 2015:248)

En las ciencias sociales y las humanidades la influencia de las neurociencias en el giro afectivo ha sido importante. "En líneas generales diríamos que, bajo el influjo de la neurobiología el afecto aparece como previo a intenciones, razones, significados y creencias. El afecto como común a lo humano y lo no humano, presubjetivo, visceral,

corpóreo, el afecto como fuerzas e intensidades que influyen en nuestros pensamientos y juicios pero separados de ellos." (Arfuch, 2015:248)

Arfuch aborda los afectos desde el clásico paradigma de Tomkins-Ekman y su división en seis o nueve afectos básicos y biológicos. Afectos que, a diferencia de la pulsión freudiana, no estarían conectados con objetos del mundo y que tienen una expresión en los rasgos faciales.

A partir de esta autora, llego a los aportes del filósofo Baruch Spinoza (2005), claro antecedente de cierta línea del giro afectivo contemporáneo, quien sostiene que mente y cuerpo son atributos paralelos de la misma sustancia y es la ciencia que los separa para su estudio. Se distinguen entonces emociones de fondo -energía, entusiasmo, excitación- emociones primarias o básicas -miedo, ira, sorpresa, alegría, tristeza, felicidad- y emociones sociales -simpatía, turbación, vergüenza, culpa, orgullo, celos, envidia, admiración, etcétera-.

Como narra Camps, para Spinoza el primer fundamento de la virtud es conservar el yo individual, y la felicidad reside justamente en esa capacidad humana de conservarlo, liberándose de la tiranía de las emociones negativas, propiciando así, un comportamiento ético orientado a hacer el bien y no causar daño a otros.

En base a esto, la cuestión que plantea Arfuch es más que pertinente: ¿qué interrogantes éticos y políticos se abren ante un mundo convulsionado, donde las emociones y las expresiones emocionales en la esfera pública alcanzan grados de máxima intensidad y negatividad? Una respuesta desde la sociología (atendiendo a Durkheim, al marxismo y al psicoanálisis) sería que "las emociones no son (sólo) estados psicológicos sino prácticas sociales y culturales, no suponen una autoexpresión que se vuelca hacia afuera sino mas bien se asumen desde el cuerpo social, en tanto son las que brindan cohesión al mismo. Esenciales para el aparato psíquico y social, ligadas a objetos no siempre conscientes, son inseparables de las sensaciones corporales y suponen tanto ligazón como movimiento, un aspecto importante en términos de estructura social." (Arfuch, 2015:251)

Es menester cuestionar entonces el hábito de la separación entre lo emocional y lo cognitivo o intencional, en las ciencias sociales. La idea de la oposición entre discurso y

afecto o emociones, es cuestionable también cuando el lenguaje es el lugar del afecto. Si en la perspectiva de la performatividad el lenguaje crea cosas y no meramente refleja los estados del mundo, concuerdo con Arfuch en que "si consideramos que discurso y afecto no son excluyentes sino co-constitutivos, podríamos preguntarnos qué hacen las emociones ante este estado del mundo. Y qué hacemos nosotros con ellas." (Arfuch, 2015:253)

1.3 Comprender qué son las emociones³

Ingrid Vendrell Ferran plantea que “el término emoción se reserva para un tipo especial de sentimiento que muestra tanto una cualidad sensible como una referencia intencional. Emociones en el sentido estricto de esta palabra son el asco, la vergüenza o la alegría.” (Vendrell Ferran, 2008:1)

Como bien plantea Máiz, con frecuencia se ha reivindicado la idea de un individuo razonante aislado de los otros, sin vínculos afectivos con los demás conciudadanos; la tesis de que la emoción distorsiona, nubla, perturba a la razón y que debe ser controlada en aras de la razonabilidad como base de la política moderna; la racionalidad misma reducida a cálculo (*raciocinatio est computatio*), como maximización del propio interés, sin estar contaminada por afecto, metáfora o esquema interpretativo alguno en el seno de un *dispassionate decision making*; el diseño institucional concebido como combinación de mecanismos de agregación e intermediación de intereses, de contrapesos y filtros destinados a “enfriar” las pasiones; o bien a desactivarlas como *calm passions*, reducibles en última instancia al interés, a fin de que estén lo menos presentes posible en el espacio público... son argumentos varios que han ido elaborándose y entreverándose, si bien de modo diverso y con distinto alcance, desde

³ Paul Ekman define a las emociones como "biological and cultural contributions to body and facial movement in the expression of the emotions," en *Explaining Emotions*, ed. Amélie Oksenberg Rorty, University of California Press, 1980, p. 80³ (Tesis doctoral de Marta Gil Blasco). Al inicio del proceso de elaboración de este trabajo utilicé esta definición pero durante mi investigación opté por profundizar en otras perspectivas.

Descartes a Weber pasando por Kant, de Stuart Mill a la teoría del Rational Choice, Rawls o Habermas.” (Máiz, 2010:14)

En este sentido, según Paloma de la Nuez e Isabel Wences en *El paradójico regreso de las emociones*, a partir de los años 70 del pasado siglo comienza a construirse la crítica hacia el racionalismo hegemónico y restrictivo que minusvaloraba y despreciaba las emociones, crítica que se extendió por casi todas las ciencias sociales y que permitió el abordaje de otro crisol temático hasta ahora poco apreciado, de la mano de influencias como el movimiento y la teoría feminista que cuestionaba la identificación de la razón con lo masculino y de la emoción con lo femenino. Wences y de la Nuez, en contra de lo que durante mucho tiempo se había dado por supuesto, consideran que el comportamiento inteligente necesita de las emociones. Razón y emoción se necesitan mutuamente, no son excluyentes. (De la Nuez y Wences, 2016:42-43)

Como plantean las autoras, “la investigación empírica descubre la funcionalidad adaptativa de las emociones y constata que no podemos pensar, razonar, deliberar ni decidir “bien” si no contamos con ellas. (...) Eso es precisamente lo que parecen confirmar los experimentos sobre el cerebro: que la imposibilidad de experimentar determinadas emociones, individuales y sociales, impiden pensar y decidir correctamente.” También señalan que la influencia de estos descubrimientos neurológicos se extiende a la sociología, la ética, la moral y la política. “Pero poco a poco, se ha ido aceptando la necesidad de la perspectiva sociológica para comprender las emociones, puesto que éstas no son solo algo biológico, sino que están condicionadas en gran medida por las normas sociales, y se acepta mayoritariamente que es imprescindible estudiar la emotividad para entender fenómenos sociales (...).” (De la Nuez y Wences, 2016:44-46)

En este sentido, cabe destacar la implicancia y el rol del cuerpo como medio para la manifestación de las emociones. En la filosofía política contemporánea se sostiene que de “las emociones se dejan reconocer principalmente dos tipos de respuesta muy diferentes entre sí. Un primer tipo de respuesta se centra en los aspectos cualitativos e intenta definir las emociones por el modo fenoménico en el que son sentidas corporalmente. A este tipo de teorías se las denomina “teorías del sentir”. El segundo tipo de respuesta se centra en los aspectos cognitivos de las emociones y, por ello, reciben el nombre de “teorías cognitivistas”. (Vendrell Ferran, 2008:219. Según la

autora, tomando a Griffiths, durante las últimas décadas del siglo XX se llegó a presentar ambas teorías como contra-polos teóricos entre los cuales no había reconciliación posible. “La mayoría de los autores analíticos desde 1970 hasta finales de los 90 abogaban por teorías de carácter cognitivista resaltando la relación entre emociones y actos de pensamiento y dejando de lado el aspecto cualitativo.” Ya hacia los inicios de los 2000, comenzaron a esbozarse nuevas posiciones que toman en consideración tanto aspectos cognitivos como aspectos cualitativos. La tesis de fondo implícita en estas nuevas propuestas que trabaja Vendrell Ferran es que “las teorías del sentir y las teorías cognitivistas no son polos opuestos, sino complementarios, pues cada una de ellas trata un aspecto distinto de la experiencia emocional.” (Vendrell Ferran, 2008:219)

Reconociendo entonces la relevancia interpretativa de ambas teorías, propongo de todas formas centrarnos ahora en las que han sido menormente reconocidas, las teorías del sentir. “Las teorías del sentir definen a las emociones como un tipo especial de vivencia que se caracteriza por su momento corporal. El modo cualitativo en el que son sentidas corporalmente resulta desde este punto de vista esencial y definitorio de la experiencia emocional. Tener una emoción significa sentir esta emoción de un modo cualitativo determinado.” (Vendrell Ferran, 2008:220).

Sin embargo, para Vendrell Ferran, las teorías del sentir con su tesis de que las emociones son siempre conscientes, no toman en consideración casos en los que claramente no hay plena conciencia del origen, existencia y consecuencias de una emoción determinada. En tal sentido, por ejemplo, esto sucede con las emociones despierta en un hincha o fanático su cuadro de fútbol predilecto, reducen el término emoción a estados actuales y conscientes y, con ello, olvidan gran parte de nuestra vida afectiva que tiene lugar a un nivel subconsciente. (Vendrell Ferran, 2008:227)

Quizás la gran virtud de las teorías del sentir consiste en oponerse a los cognitivismos extremos que –en especial durante los últimos decenios del siglo XX– han tendido a olvidar el cuerpo y los aspectos cualitativos de las emociones. Las emociones por esencia nos afectan corporalmente, afectan nuestras acciones (consciente o inconscientemente), con una cualidad específica de ser sentidas y lo hacen de un modo en el que jamás un mero juicio, una percepción o un recuerdo –si no van acompañados de una emoción– pueden hacerlo. (Vendrell Ferran, 2008:227)

Por su parte, Marta Gil Blasco señala que “en cuanto al rol de las emociones en la esfera pública, Nussbaum otorga un papel distinto a cada una. Para ello, estudia cada emoción con detalle, desde su función psicológica, ligada a la biología, hasta sus consecuencias potencialmente perniciosas o humanizadoras, pasando por las creencias a las que se encuentran vinculadas a ellas.” (Gil Blasco, 2014:449)

Me centraré en las emociones que considero pertinente destacar en el marco del presente trabajo:

La compasión tiene un papel fundamental en la deliberación pública y en la educación de la ciudadanía, puesto que inculca una preocupación por los demás y genera una sensibilidad por la justicia, de tal modo que los ciudadanos se sienten concernidos por la suerte de un número mayor de personas (ampliación del círculo de interés moral). Nussbaum reserva para la compasión un papel privilegiado en el conjunto de las emociones que merecen tener presencia en la vida pública. (Gil Blasco, 2014:450). Remitiéndonos a la final del campeonato mundial de fútbol del año 1950, Obdulio Jacinto Varela (capitán del seleccionado uruguayo), luego de la victoria uruguaya en el estadio Maracanã de Río de Janeiro, empatizó con los ciudadanos brasileños cuando al salir a festejar el triunfo se limitó a consolar a quienes se encontraban junto con él en un bar, pidiéndoles perdón.

“La repugnancia no sólo se dirige a objetos del mundo, sino que en ocasiones se proyecta sobre individuos o grupos sociales que son considerados indeseables. Este desprecio por algunas personas, que ya de por sí constituye una violación grave del respeto por las mismas, se vuelve todavía más peligroso cuando esta inercia se convierte en violencia contra dichas personas, o contra determinados grupos, sobre los que se proyecta la emoción. Una sociedad preocupada por la justicia, por tanto, no puede aceptar la aparición de la repugnancia en la deliberación pública. Y no sólo eso, sino que las instituciones deben ocuparse de divulgar públicamente un discurso en el que las personas tradicionalmente estigmatizadas y consideradas repugnantes sean reconocidas en su igual dignidad.” (Gil Blasco, 2014:451) Siguiendo con la anécdota de 1950, en la jerga del fútbol se habla de “la historia de los postes”. Moacyr Barbosa (arquero del seleccionado brasileño), luego de la final del campeonato, los partió con un hacha y los quemó hasta hacerlos ceniza. Pero "el exorcismo -escribió Galeano- no lo salvó de la maldición". "En Brasil -dijo una vez Barbosa, después de que, en 1993, supuestamente,

le prohibieron ingresar a una concentración de la selección, por mufa-, la pena mayor por un crimen es de treinta años de cárcel. Hace 43 años que yo pago por un crimen que no cometí."⁴

Miedo y amor serían las dos caras de una misma moneda. Mientras que la primera consiste en la fijación del sujeto o de un grupo consigo mismo (con su propia autoconservación o bienestar, y con las cosas que puedan suponer una amenaza para ellas), el amor entraña la idea de renunciar a “una parte del pastel” para que sea otro quien lo pueda disfrutar. El miedo posee una gran influencia en las dinámicas de hostilidad y manipulación entre grupos sociales. Por esta razón, Nussbaum alerta de que un estado de inquietud generalizada en la población puede ser terreno abonado para dichos procesos de hostilidad. Por lo que hace al amor, Nussbaum propone una forma limitada de amor patriótico y fanático que inocule en los ciudadanos la capacidad de sacrificar parte de la comodidad o el beneficio propios en pos de cosas tales como la igualdad o el bienestar de los que se encuentran en una situación más vulnerable o de los diferentes. (Gil Blasco, 2014:451) Contó Obdulio Varela, “mientras hablaba varios jugadores contrarios me insultaban, muy nerviosos, mientras las tribunas bramaban. Esa actitud de los adversarios me hizo abrir los ojos, tenían miedo de nosotros. Entonces, siempre con la pelota entre mi brazo y mi cuerpo, me fui hacia el centro del campo. Luego vi a los rivales que estaban pálidos e inseguros y les dije a mis compañeros que éstos no nos podían ganar nunca, nuestros nervios se los habíamos pasado a ellos. El resto fue lo más fácil”, así explicaba Obdulio Varela cómo cambió el destino de un partido que en principio tenía perdido Uruguay.⁵

La vergüenza, por su parte, es una emoción que aflora ante la propia imperfección cuando nuestra debilidad o nuestros fallos se hacen evidentes, ya sea ante nosotros mismos o, peor aún, ante la mirada del otro. Una civilización en la que el individualismo, la competitividad, el éxito, el dinero o una belleza física cercana a la perfección son consideradas cosas buenas y deseables, alberga en su seno a muchas personas para quienes estas cosas son inalcanzables. Cualquier sociedad que adopte estos valores (o antivalores, según se mire), por tanto, contará con un número

⁴ *Barbosa: La triste historia del arquero mal señalado como culpable del maracanazo.* Diario La Nación (19 de marzo de 2014), por Ezequiel Fernández Moeres.

⁵ *La leyenda de Obdulio Varela.* Marca.com (20 de febrero de 2010), reportaje, por J. Carlos Jurado.

importante de ciudadanos invadidos por sentimientos de fracaso, frustración y vergüenza. Por esta razón, Nussbaum defiende que una sociedad que se pretenda justa tendrá que admitir que la debilidad y la vulnerabilidad forman parte de nuestra condición humana. Que la ausencia de atributos deseables no condene a nadie a la vergüenza pública. (Gil Blasco, 2014:452)

Si bien las instituciones no pueden ocuparse de que todos seamos inteligentes, bellos y atléticos, jóvenes, completamente autónomos, y prósperos, sí puede ocuparse de que algunos trances sean menos amargos y vergonzantes. Que se transmita la idea de que la debilidad y la imperfección no deben ser humillantes: éstos pueden ser estados transitorios o permanentes en toda vida humana. Si bien la vergüenza tiene potencialidades positivas para el cultivo de la personalidad moral, puesto que, en su forma menos abrupta, puede impulsarnos a querer ser mejores, la humillación (su versión más agresiva), puede ser una forma cruel de degradación que, según Nussbaum, debemos desterrar del discurso público. (Gil Blasco, 2014:452)

Y yendo a la idea que plantea Nussbaum: “el análisis de emociones como la repugnancia y la vergüenza (...) nos muestra que los seres humanos suelen establecer una relación problemática con su mortalidad y su animalidad, y que esta relación no sólo es causa de la tensión interior sino también de la agresión hacia los demás. Si los ideales de respeto y reciprocidad han de tener la posibilidad de prevalecer, deben enfrentarse con las fuerzas del narcisismo y la misantropía que estas emociones tan a menudo conllevan.” (Nussbaum, 2006:367)

Retomando a Vendrell Ferran, las emociones, tal como lo afirman las teorías del sentir, son un fenómeno al que le es esencial el afectarnos corporalmente y a su vez –como afirma de un modo general el cognitivismo– están vinculadas esencialmente con actos de pensamiento. (Vendrell Ferran, 2008:236)

Es posible que entender esta dualidad que compone aquello que nos emociona nos permita entonces mediar en sus consecuencias en caso de ser necesario. Vinculando esto a la realidad de las diversas violencias en el ámbito futbolístico, se puede deducir que los cambios significativos se darán siempre y cuando se sume a las normativas adecuadas que puedan establecerse desde el Estado, las iniciativas generadas por parte de los individuos portadores de las emociones.

Con referencia a esto, Martha Nussbaum se aleja de la ruptura existente entre las emociones, la emotividad, lo femenino y lo privado, y, la razón, la racionalidad, lo masculino y lo público que ha primado en la caracterización de las sociedades occidentales estructuradas a partir de los ideales liberales, con el fin de leer e interpretar también el aspecto simbólico. (Ramírez López, 2014)

Continuando con el repertorio de emociones, en cuanto a la *reputación*, muy vinculada al ámbito del fútbol profesional, “si el orgullo por el grupo propio es un objetivo central, otro es la deshonra a sus propios enemigos. Especialmente, luego de sufrir humillaciones, la venganza se puede convertir en un fin primordial. (...)” (Jasper, 2912:53)

Jasper también señala que el sentimiento de pertenencia al grupo logra a menudo que las personas permanezcan dentro. El sentido de pertenencia es una necesidad humana básica que involucra emociones de amor, orgullo, y entusiasmo. Esta identificación va más allá de las alegrías reflejas de masa, proveyendo compromisos afectivos que tienden a persistir.

2. En Uruguay: acerca del mito primordial y su nostalgia

Me interesa cuestionar un exceso de racionalidad en el estudio de las disciplinas humanas que va ligada a mi intención por indagar sobre la lógica violenta en el (o como parte del) fútbol. Es decir, tomar al deporte como objeto de estudio de las ciencias sociales, en procura de comprender el clivaje entre identidad y rivalidad presente en la idiosincrasia futbolística uruguaya (o rioplatense); donde la competencia insana es característica presente.

A continuación intentaré a partir de los diversos aportes de autores referentes o interesados en los procesos de conformación de identidades subyacentes a la parafernalia (violenta) en el fútbol, dentro y fuera de la cancha, realizar un análisis de estos relacionamientos generados en torno a este deporte. Resulta interesante la siguiente pregunta que Rafael Bayce se formula en una de sus investigaciones sobre el

tema: ¿son, por ejemplo, los estilos futbolísticos de las selecciones los que reflejan algún supuesto conjunto de caracteres nacionales o más bien, esas afirmaciones son parte de un proceso de elaboración de estereotipos? (Bayce, 2003). El análisis de las auto y heteroimágenes que se han elaborado sobre el fútbol uruguayo conduce a optar por la segunda alternativa de la pregunta, reflejándose el peso psicológico negativo que los estereotipos pueden tener cuando se constituyen en mitología futbolera. Concluye señalando, contra las habituales creencias, que el fracaso del fútbol uruguayo, previo a la “Era Tabárez”⁶, no se debe a que los jugadores se alejan de los modelos elaborados en función de glorias pasadas, sino más bien a la casi obsesiva tendencia a encarnarlos.

Y creo necesario detenernos en los conceptos de identidad y rivalidad, considerando los aportes de Jacques Paul Ramírez Gallegos sobre el fútbol y la identidad en Ecuador, adecuándola a la realidad local: sería bueno indagar cómo un hecho cultural como el fútbol es capaz de expresar, condensar, visibilizar y acentuar las diferencias y los antagonismos sociales (o barriales), constituyéndose además en una metáfora de comprensión del enfrentamiento entre lo que suele denominarse en la jerga futbolística como dos “potencias”, aquí Nacional y Peñarol, que han estado en constante disputa por mantener una hegemonía tanto a nivel dirigencial-institucional, como en lo que respecta a los títulos obtenidos en los campeonatos nacionales. El análisis histórico sobre el origen del profesionalismo, la conformación de la selección nacional y el surgimiento de nuevas barras y cánticos de los equipos, lleva a plantear la hipótesis de que, el fútbol es un espacio donde se elaboran y refuerzan las identidades de la sociedad simpatizante que cuestiona el ideal de “unidad” nacional; hecho que parece anesthesiarse paradójicamente cuando el equipo que juega es la selección nacional de fútbol. (Ramírez Gallegos, 2003:14)

Por otra parte, frente a la creencia “favorita” de los argentinos de que “la pasión por tal equipo (el tuyo, el mío) es un sentimiento inexplicable”, Juan Pablo Ferreiro propone otra perspectiva de análisis pertinente al caso. Considerando que el fútbol es un complejo ritual que incluye dos subprocesos, uno en el campo de juego y otro en las

⁶ Hace referencia al período de dirección técnica de la selección nacional de fútbol de Uruguay a cargo del maestro y director técnico Óscar Washington Tabárez. Lo han caracterizado su método, pensamiento y estilo, el modo de conducción y la elección del perfil de jugador del técnico, así como los logros que ha conseguido la selección en los últimos 10 años.

gradas, el autor se ocupa de este último concentrándose en los procesos de “barrabravización” y “militarización” de las hinchadas (en Jujuy, provincia del norte de Argentina), tema que trato en párrafos siguientes. (Ferreiro, 2003:9)

Es claro que tanto fútbol como política, tienen en común algo más que el hecho de llevar el mote de (al igual que ocurre con la religión) “ser temas que no se tocan en la mesa”: connotan pasión. Y es la pasión lo que moviliza. Una vez más, la razón apacigua.

2.1 Épica narrativa: picardía y garra criollas

Tomar al fútbol, al deporte, como objeto de estudio de las ciencias sociales, implica la entrada a un campo académico poco recorrido, como plantea Andrés Morales (2013) en su trabajo *Fútbol, Política y Sociedad*. Es inevitable que surjan complejidades en el tratamiento dentro y fuera de la academia, las cuales pueden explicarse a partir de la "teoría de los campos" basada en el *habitus* de Pierre Bourdieu. Esta herramienta es útil para comprender como ante un mismo objeto de estudio como es el fútbol en este caso, el campo periodístico (no-académico) y el académico tienden a chocar y repelerse fuertemente, agrega Morales.

Del mismo modo, Bayce (2015) en *Análisis de las discursividades en torno al tema de la violencia en el deporte* también propone el abordaje del tema a partir de “la conformación de dos polos bien diferenciados de discursos articuladores de creencias, opiniones, actitudes, normas; y de decisiones políticas e institucionales inspiradas en ellas.” Lo que se pretende es, a partir de la identificación de ambos “polos”, construir una explicación de la magnitud de las diferencias entre ambos.

"Los intelectuales no saben nada de fútbol", son algunas de las frases que reciben frecuentemente los académicos por parte de la prensa y el público en general. La necesidad del "mito" como forma de recrear un imaginario en crisis lleva al público, poder político y prensa en general a escapar fuertemente de estudiar en forma más profunda el fenómeno. El lugar que reservan las sociedades a sus mitos sagrados,

cercanos a un fenómeno religioso, no tolera posiciones disidentes. Si existen tienen que ser aisladas y estigmatizadas. El cientista social, a menudo, puede cumplir el papel de un verdadero aguafiestas. Y es con frecuencia el periodismo deportivo el fundador, a través de sus secciones especializadas, el que genera los grandes relatos nacionalistas y los héroes épicos. (Morales, 2013:1)

Por otro lado, es curioso como la mayoría del corpus académico ve a este tema como marginal. El propio "fantasma del populismo" ha hecho verlo como no científico y no digno de estudio, sostiene Andrés Morales en su investigación: “Como uno puede ver, esto se transforma claramente en un obstáculo epistemológico muchas veces difícil de superar. En un libro de Peter Burke, denominado *Formas de historia cultural*, precisamente se reivindica el estudio de expresiones culturales antes consideradas marginales, pero curiosamente no se nombra al fútbol (reivindicándose sí el carnaval, por ejemplo).” (Morales, 2013:1)

Y es que en esta región del mundo, este deporte se enmarca en una lógica mítica muy arraigada en la sociedad. Tomando como ejemplo el mito del eterno retorno del *maracanazo*⁷ y como ocurre con tantas otras hazañas futbolísticas de nuestro país, interpretándolo en palabras de Mircea Eliade: “la memoria personal no entra en juego: lo que cuenta es el recordar el acontecimiento mítico, el único digno de interés, porque es el único creador. Al mito primordial le corresponde el conservar la verdadera historia, la historia de la condición humana: en él hay que buscar y reencontrar los principios y paradigmas de toda conducta.” (Mircea, 1998:60)

Es decir, nuestro fútbol presenta diversos ejemplos de proezas inexplicables de acuerdo a las posibilidades racionales que suelen narrar tales triunfos hoy día. Y es entonces donde entra en escena la explicación mitológica como recurso interpretativo de la gesta. Considero que en el mito hay emoción y es ésta la que lo sustenta y lo perpetúa a través del tiempo y los individuos.

⁷ Es el nombre con el que se conoce a la victoria de la selección de fútbol de Uruguay en el partido decisivo de la Copa Mundial de Fútbol de 1950 frente a la selección de fútbol de Brasil. Contra todo pronóstico, Uruguay ganó a Brasil por 2-1 en el Estadio Maracanã de Río de Janeiro. Por extensión, el término se ha generalizado para definir toda victoria de un equipo o deportista, preferentemente una final, en campo ajeno y teniendo pocas posibilidades racionales de lograrlo.

Entonces, “Dado el que los mitos constituyen su “historia santa”, el hombre (...) ha de cuidarse bien de no olvidarlos: al reactualizar los mitos, se aproxima a sus dioses y comparte su santidad. (...) Por la reactualización de sus mitos, el hombre religioso se esfuerza por aproximarse a los dioses y por participar en el Ser; la imitación de los modelos ejemplares divinos expresa a la vez su deseo de santidad y su nostalgia ontológica.” (Mircea, 1998:60)

El recurso mitológico es muy utilizado a la hora de dar explicación o justificación a los hitos del fútbol uruguayo. Como señala Bayce, son “ejemplos de construcción de representaciones colectivas a partir de una mezcla de narrativas épicas periodísticas impuestas como explicaciones diletantes en la opinión pública. La influencia de los mass-media (...) siempre construyó el inconsciente colectivo y los estereotipos, creando y combinando autoimágenes y heteroimágenes.” (Bayce, 2000:168)

Como agrega Bayce, en el caso uruguayo, ese estereotipo neorromántico de “pícaros” superiores que ganaban por aptitudes naturales idiosincráticas y que podían prescindir del orden táctico y del esfuerzo de entrenamiento, así como de los recursos económicos con los que contaban otras realidades futbolísticas, fue un freno importante al gran impulso de desarrollo y difusión del fútbol y a su competitividad futura. Paradojalmente, otra virtud supuestamente idiosincrática, la “garra charrúa”, *plus* de concentración, sobreesfuerzo y rendimiento en los momentos más difíciles o disputados durante los partidos, constituye otra virtud especialmente desarrollada como explicación posterior a la de la “picardía criolla” a partir de que los triunfos empezaron a costar más que en los años 1924 y 1928.

“Del mismo modo en que en la final mundial de 1930 se pasó de perder 2 a 1 con Argentina en el primer tiempo a ganar 4 a 2, en el Sudamericano de Lima de 1935 un 3 a 0 con algunos jugadores de más de treinta y cinco años fue el “canto del cisne” de la generación gloriosa de quince años. Así como durante el Mundial de 1930 surgieron los contenidos de la “viveza o picardía criolla” rioplatense como virtud supuestamente distintiva, después de 1935 apareció y se impuso la garra “charrúa” o “celeste” como explicación adicional para los triunfos deportivos uruguayos. El triunfo de 2 a 1 sobre Brasil en el Maracanã remontando un 0 a 1 lo confirmó años después.” (Bayce, 2000:168)

Veblen decía que era característica de las sociedades arcaicas la excesiva valoración de la proeza. En ese sentido, ganar por ser mejor –como afirmaban los europeos– no significaba proeza; sí lo era ganar con “picardía” sin entrenar como los otros y sin su físico. Lo era también ganar “de atrás” y en condiciones desfavorables. (Thorstein Veblen en Bayce, 2000:168)

He aquí la importancia de la valoración de las emociones en el análisis de este deporte. El manejo no responsable del sentimiento afectivo por la proeza que llevó al mantenimiento y reproducción del modelo “pícaro” en contraposición del desarrollo (tardío) de políticas tendientes a una profesionalización cabal del deporte que integre ambos aspectos: el pasional y el técnico.

Ahora bien, Bayce señala que “a pesar de que la picardía y la garra fueron autoimágenes endogeneradas a partir de una épica narrativa periodística introyectada por la opinión pública, esas cualidades en cierto modo tenían antecedentes históricos que hacían verosímil su posesión por parte de los futbolistas y deportistas uruguayos. En efecto, la picardía era una cualidad rastreable en los “gauchos” matreros y libérrimos, en los diversos modos de resistir diplomáticamente el centralismo virreinal bonaerense y en los sucesivos intentos de dominación española, afrancesada, inglesa, bonaerense, portuguesa y brasileña. Asimismo, la “garra” parecía prefigurada en el rechazo a los invasores ingleses, en la epopeya artiguista (“si no tengo soldados pelearé con perros cimarrones”) y en la epopeya de la independencia simbolizada en el General Lavalleja y los treinta y tres orientales que iniciaron la liberación del territorio.” (Bayce, Rafael 2000:169)

Es decir, la fuerte credibilidad en la épica deportiva de picardía y garra no carece de sustento histórico en la narrativa épica nacional hegemónica. Más bien es profundamente compatible con ella, y quizá es tan fácilmente adoptada porque constituye una ancestral idiosincrasia nacional manifiesta en el deporte.

El fútbol conlleva a la generación de pasiones que, como tales, suelen estar estrechamente vinculadas con el lado menos socialmente asimilado del y por el ser humano que las engendra. Por esto considero deben abordarse hechos como el robo de

banderas de una hinchada a otra rival, a modo de conquista de *trofeos*, simbolizando la supremacía del cuadro cuya hinchada logra hacerse del “trapo”⁸ contrario. Mecanismos que podemos reconocer como guerrilleros, al igual que los cantos en los cuales se mencionan las muertes de hinchas en enfrentamientos luego de partidos clásicos con resultados polémicos.

Es decir, es posible identificar en estos rituales la ausencia de razón como mediadora del accionar de las personas que llevan a cabo tales actos (como autores directos), siendo incentivadas por el entorno, por más personas que abalan y apoyan sus prácticas en lo que constituye una suerte de legitimación de *modus operandi* del sector más confrontativo de las hinchadas: las denominadas *barras bravas*⁹.

La pasión futbolera en nuestro país genera otro tipo de autoimágenes y heteroimágenes, también reconocibles en el resto de la región rioplatense, tales como las que construyen y sostienen una dualidad discursiva a partir de la anulación momentánea de diferencias socioculturales y socioeconómicas entre el prototipo -masculino- “empresario vestido de traje y corbata” y el “plancha”¹⁰ vestido de ropa deportiva”, que unifican su presencia en un marco espaciotemporal común que los amalgama detrás de un grito de gol.

Ahora bien, cabe aquí profundizar en las repercusiones que tales autoimágenes y heteroimágenes ejercen en la identidad futbolera de nuestro país.

Tal como señala Bayce (2000), “decía César Luis Menotti (jugador del seleccionado argentino y director técnico del equipo campeón mundial de 1978) que los jugadores juegan de acuerdo con la idiosincrasia de sus países, y que los sudamericanos juegan

⁸ En la jerga del fútbol, así se denomina a las banderas o telas en las que los simpatizantes de un equipo registran frases alusivas a la admiración sienten por éste.

⁹ Según Julio Osaba (docente de Historia e investigador de la Biblioteca Nacional), a partir de la década del 80, partiendo de la base de la construcción de nuevas subjetividades, surgen en Uruguay las primeras barras bravas. El término barra brava se emplea en América Latina para designar a aquellos grupos o los individuos dentro de los mismos, organizados dentro de la hinchada de un club de fútbol, caracterizados por ser protagonistas de incidentes violentos, dentro y fuera del estadio de fútbol.

¹⁰ “Se podría definir a los planchas como un tipo particular de juventud o una tribu urbana cuyo surgimiento se suele asociar a la crisis del 2002 en Uruguay. Los planchas son jóvenes que usualmente visten ropa deportiva, tienen un vocabulario particular, escuchan y bailan variantes rioplatenses de la música tropical y son usualmente asociados con la pobreza, la marginalidad y el delito.” (Delacoste, 2014:188)

con la improvisación que caracteriza a la extracción pobre de la mayoría de sus jugadores, que deben “inventar” cotidianamente para subsistir, que no pueden confiar en su dotación física natural sino en su habilidad técnica e ingenio táctico. (...) Esos conceptos se extienden también a la mayor proclividad a la violencia entre quienes priorizan el triunfo con respecto a quienes subrayan la diversión.” (Bayce, Rafael 2000:166-167)

¿Hay alguna justificación para esos estereotipos? Alguna hay, [establece Bayce su parecer] “pese a que el neorromanticismo sin conocimiento técnico y sin vestuario de Galeano lo exagere: el jugador uruguayo está mucho más obsesionado por ganar que por divertirse.” (Bayce, Rafael 2000:167)

Asimismo, señala el autor que “para los periodistas rioplatenses de esa misma época la diferencia estaba en una innata capacidad de improvisación frente a la esquemática táctica europea o sajona y su confianza en el potencial físico-atlético por sobre el técnico-táctico. El estereotipo neomítico de la “picardía criolla” o la innata capacidad de improvisación fue una autoimagen endógenamente generada. Para los europeos, los rioplatenses de entonces eran simplemente mejores, imagen ésta exógenamente generada.” (Bayce, Rafael 2000:167).

En la región rioplatense, así como en otras, es innegable el desarrollo del rol del periodismo del deporte paralelamente al del fútbol en sí: la simultaneidad en estos procesos remite a que, por un lado el periodismo deportivo se nutre en su amplia mayoría de los hechos futbolísticos (en todo su espectro) y, por otro lado, el fútbol se ve directamente influenciado por la determinación que los periodistas le ejercen, como suerte de destino manifiesto que la prensa construye pues su trabajo es el de *contar* lo que sucede dentro y fuera de la cancha. Y contar supone *crear*, construir versiones de la realidad que son legitimadas por la sociedad y trascendidas por ésta.

Si identificamos una fuerte relación entre política y sociedad con este deporte, debemos reconocer que es una relación intervenida por los medios masivos.

Agrega Bayce que si el estereotipo endogenerado de la “picardía” nos diferenciaba como rioplatenses del resto del mundo en la autoimagen adoptada por la opinión pública desde la épica narrativa periodística, la garra “charrúa” o “celeste” (los más famosos e

indómitos aborígenes que habitaban el ahora Uruguay; y el celeste, el color de la camiseta nacional y uno de los de la bandera) era nuestra “diferencia específica” con los argentinos, más allá de la común picardía que nos distinguía del resto del mundo futbolístico. Esta fue otra autoimagen endógena que se exportó con éxito y que contribuyó a nuestro atraso técnico, táctico y de entrenamiento que tan caro costó reconocer y que no terminamos de superar. (Bayce, Rafael 2000:169)

Es interesante observar el particular relacionamiento entre la sociedad uruguaya, refiriéndonos en concreto al sector de la población que simpatiza con el fútbol como deporte principal del país y como actividad destacada de su cotidianidad, y sus comportamientos en instancias de asistencia a partidos de fútbol.

Centrándome en los espectadores que concurren a las canchas a ver los partidos, en cuerpo presente como máxima expresión de presencia, es posible analizar cómo “los estadios son un lugar privilegiado para la producción y reproducción de identificaciones simbólicas”. (Cristiano, Juan 2014:2)

A siguiendo la idea de Juan Cristiano, “es a través del uso del lenguaje que se constituyen las identidades, las relaciones sociales y los sistemas de creencias y conocimientos”, a demás de ser encarnadas por el cuerpo.

Con relación a las identidades colectivas construidas en torno a equipos de fútbol en nuestro país, Cristiano agrega que “una de las formas más recurrentes en que los hinchas manifiestan su adhesión a un equipo de fútbol (...) es concurrir al Estadio donde juega su equipo y entonar cantos que tienden a reafirmar la propia identidad.” (Cristiano, Juan 2014:2)

Otro elemento utilizado para expresar la adhesión a un equipo son, como mencioné anteriormente en este trabajo, las banderas con los colores que los representan y muy especialmente las inscripciones que son grabadas en las mismas. Ambas maneras de expresar significados permiten conocer de qué forma se definen a sí mismos y como definen a sus rivales los hinchas de los equipos de fútbol y en la sociedad uruguaya actual.

Ampliamente aceptadas en estos contextos deportivos, tales prácticas implican violencia cuando se basan en la degradación del equipo rival y son sostenidas a través de la

producción de una masculinidad hegemónica que se encuentra en conformidad con un modelo de consumo cultural en escala global, al mismo tiempo que tiene implicaciones locales. En Latinoamérica, adjetivada por una comprensión de la figura del macho y de sus disputas simbólicas, tiene como una de sus consecuencias, la ausencia o la invisibilización de mujeres en el contexto deportivo. (Bayce, 2015:1)

Tomando este razonamiento dentro de la perspectiva del presente análisis del fútbol como hecho social, resulta muy interesante el siguiente planteo, “si el castigo a los enemigos ha sido históricamente una obsesión masculina -impulsada por la vergüenza no reconocida- la acción colectiva de las mujeres y sus sucesores muestran un objetivo inverso: la reparación emocional de la propia imagen.” (Jasper, 2012:53)

2.2 Mujeres y fútbol¹¹

Pensar a las mujeres dentro de este esquema de investigación considero es necesario, pero en el entendido de que, desde mi experiencia, la pasión por el fútbol devino en algo natural desde temprana edad, para luego tomar contacto con otras perspectivas tales como “el fútbol no es para mujeres”, frecuentes de mi entorno.

En Uruguay, como en toda la región rioplatense, el fútbol y la política son dos pasiones nacionales que hasta menos de 50 años, eran prácticas exclusivamente masculinas. Sin embargo, hoy día es evidente que el fútbol y la política ya no son prácticas exclusivas de los hombres.¹² El fútbol “no sólo forma parte de las dimensiones más generales de una sociedad y su cultura sino que, paralelamente, se relaciona con la construcción de un orden y un mundo masculino, una arena, en principio, reservada a los hombres. En América Latina, el fútbol es un mundo de hombres, es un discurso masculino con sus reglas, estrategias y “moral”. Sin embargo, actualmente, puede vislumbrarse,

¹¹ Si bien este apartado presenta un desarrollo mucho menor con respecto al resto decidí incluirlo por su relevancia y porque en este punto se cuenta con muy escasos desarrollos académicos.

¹² *Mujeres, fútbol y política en Argentina*. Políticas & Públicas (1 de octubre, 2015), por Micaela Bounchanavong.

principalmente en lo que se refiere a su práctica amateur, que el fútbol, es un deporte cada vez más elegido y practicado por las mujeres.” (Bounchanavong, 2015)

Continuando con la mirada que propone Martha Nussbaum, me interesa presentar en esta oportunidad mi experiencia personal con el fútbol como pasión. Sí, desde temprana edad el fútbol constituye para mí una pasión pero, apelando al ejercicio anteriormente mencionado a través del cual las personas debemos procurar identificar el origen, la expresión y la consecuencia de lo que nos emociona, creo entender que esta pasión no nace y se desarrolla únicamente por el deporte como tal.

Hoy entiendo también que, por más que mi gusto por el fútbol como deporte es genuino, mi acercamiento fue en parte para demostrar tanto a mi padre como al *mundo* (incluyéndome), que el fútbol no es atribuible o asimilable únicamente a lo masculino. Más allá de que haya nacido como patrimonio del hombre, ese hecho se modificó al transcurrir el tiempo gracias al acercamiento de la mujer a este terreno: a la asimilación de pautas, lenguajes, criterios y costumbres por parte de la mujer, tarea cuya iniciativa le pertenece y de la cual resulta (generalmente) un relacionamiento con este deporte diferente al construido desde la masculinidad.

3. Sobre la violencia en el fútbol

A partir de los aportes de Nilia Viscardi en su investigación sobre las violencias en las aulas (*Práctica educativa, conflicto escolar y exclusión social*), resulta interesante detenerse en lo que se entiende por violencia, a partir del planteamiento que utiliza de Bernard Charlot (1997), “aunque no es posible decir qué es realmente la violencia, sí pueden mencionarse dos grandes polos entre los que oscila. Un polo es aquel que afecta a la opinión pública, en el que la violencia es muerte, golpes y heridas con o sin armas, robos, vandalismo, violaciones o acoso sexual. En el otro, la violencia es un conjunto de incivildades, es decir, de agresiones cotidianas al derecho de cada quien a ver su persona respetada: palabras hirientes, interpelaciones, humillaciones (...)”. Una definición que permite hacer foco en las pequeñas violencias cotidianas, muchas de las cuales están presentes y conviven en instancias de partidos de fútbol. Agrega que

“aunque estos hechos no son necesariamente penalizables, en ese aspecto anodino que presentan emergen sin embargo como amenazas al orden establecido y transgreden los códigos elementales de la vida en sociedad, siendo intolerables por el sentimiento de falta de respeto que inducen en aquellos que los sufren.” (Viscardi, 2013:146)

El concepto de incivildades no remite únicamente a los hechos analizados generalmente en términos criminológicos, permitiendo afinar y ampliar la descripción de los fenómenos de violencia, sostiene Viscardi, y agrega que los hechos de violencia deben ser entendidos incluyendo todo un conjunto de fenómenos que no siempre son pensados (y menos por aquellos que los sufren) pero que pueden reagruparse bajo el nombre de violencia simbólica, término popularizado por los trabajos de Bourdieu, o violencia institucional.

Viscardi señala que una “socialización violenta implica aprendizajes y estrategias de defensa, por la interiorización de una actitud de violencia hacia los pares, (...)”. En sus rituales, la violencia absorbe desde el juego violento cotidiano, el juego de las miradas y las provocaciones, hasta la explosión de conflictos serios. (Viscardi, 2013:149)

Victoria Camps, por su parte, se detiene precisamente en el rol de la educación como forma de generar una ética que cuente con las emociones y con la posibilidad de gobernarlas, que tenga como objetivo la formación del carácter del individuo más que el establecimiento de códigos de conducta. Camps expresa que, si el carácter alude al conjunto de cualidades que llega a poseer una persona y que la dotan de una manera de ser específica, podríamos entender la formación del carácter a partir de la “ética de las virtudes”, definidas por Aristóteles como “disposiciones” para la acción. La ventaja que presenta la perspectiva de la ética aristotélica para Camps es que suele abordar un aspecto que no es tratado por otras teorías éticas: la motivación moral. Las éticas de los principios y de las consecuencias (éticas modernas) concentran su esfuerzo en formular y fundamentar el deber ser, no así en cómo modificar la realidad. Por esta razón, parece necesario atender el papel de las emociones como estímulos del comportamiento moral o inmoral, ya que esto influirá directamente en el comportamiento. (Camps, 2011:256-257)

De todos modos, aquí deberíamos abordar el tema de la formación o la educación del carácter teniendo en cuenta las siguientes cuestiones: ¿dónde se hallan los criterios para

determinar que un carácter es mejor que otro y cuál es el fundamento de tal determinación?, ¿Qué prueba que, ante un conflicto, unos opten por dar prioridad a la diligencia y otros al socorro del necesitado?, se pregunta Camps. Desde la psicología situacionista se destaca el papel que desempeña el entorno en el comportamiento de las personas (como ocurre en las tribunas durante los partidos más convocantes), ya que efectivamente el entorno condiciona aunque no determina el actuar. (Camps, 2011:260) Spinoza, a quien remite la autora, con su frase “no sabemos lo que puede un cuerpo”, plantea que el saber sobre el cuerpo debe ser la base de la ética. “Hay que conocer las causas de los afectos, para que las ideas de los mismos sean adecuadas y no erróneas. Conocer es poder, capacidad de actuar, para lo cual hay que calibrar antes que nada los límites de ese poder.” (Camps, 2011:262)

3.1 Las barras bravas

La realidad de las barras bravas en nuestro país y la gestión de la violencia puede ser comprendida partiendo de una visión panorámica de los años 80, período de construcción de nuevas subjetividades en este deporte. Julio Osaba (docente de historia e investigador de la Biblioteca Nacional de Uruguay) cuenta, en una entrevista para la plataforma periodística *La diaria* cómo comenzó sus estudios sobre las barras bravas en Uruguay, remitiéndose a la primera separación de hinchadas en los partidos “clásicos” (entre Club Nacional de Fútbol y Club Atlético Peñarol) como un momento crucial.

“En esa década empezaron a jugar nuevas subjetividades, nuevos públicos futbolísticos. El 6 de enero de 1987 se jugó la final del Campeonato Uruguayo de 1986. Aquel campeonato había empezado de forma accidentada porque Peñarol no jugó, Nacional se solidarizó y se selló aquel acuerdo entre caballeros de los dos puntos, que terminó con Nacional perdiendo en la última fecha con Huracán Buceo, por lo que tuvo que jugar la final, que ganó Peñarol por penales. (...) En diciembre de 1986 había quedado colgado un clásico de la Copa de Oro de los Grandes, aquel invento que hicieron Peñarol y Nacional para recaudar, porque estaban en bancarota. Tenían que jugarlo sí o sí. Los primeros núcleos de las barras de Peñarol y Nacional convivían en la misma tribuna: la

hinchada de Peñarol en la Ámsterdam contra la América y la de Nacional contra la Olímpica. Empezó a ocurrir que esa convivencia pasó del canto en respuesta a lo que cantaba el contrario a la práctica violenta: el grito, algunas piñas, se robaban alguna bandera, se quemaba, los otros iban a rescatarla. El centro del primer anillo de la Ámsterdam era el campo de batalla. En ese clásico de diciembre de 1986 tiraron a un hincha para abajo y terminó en el Hospital de Clínicas.” (Osaba, 2015)

De este modo, considero muy interesante la construcción que se hace del fenómeno de las barras por parte de la prensa. Tenemos la memoria popular de que hay una escalada de violencia en torno a esos nucleamientos, sostiene Osaba. Al recorrer la prensa de 1981 a 1984 o 1985 se constata que el retrato de las barras es poco y nada. Se menciona algún lío, algún problema, pero hasta entonces, da la impresión de que todavía no están conformadas las barras como tales. En esa época son conjuntos incipientes; todavía falta determinar por qué nacen. Hay un tema central en el estudio de las barras bravas: siempre es lo que se dice de las barras y de los barras, pero ellos no tienen voz.

El primer estudio de campo es la tesis de grado de Leonardo Menciondo, en Sociología, sobre las hinchadas de Peñarol y Nacional. Si bien es un análisis sociológico, no histórico, aparecen algunas conceptos que se pueden constatar desde la década de 1990: el aguante en todas sus versiones, en la tribuna y afuera, en la pelea cuerpo a cuerpo, mostrar las heridas como trofeo de guerra; toda esa mitología que vino desde Argentina, sobre todo a partir del programa *El aguante*, del canal televisivo TyC Sports. En Uruguay estos nucleamientos nacieron en los 80, pero no como la definición de la barra argentina, aclara Osaba. “A veces, para ciertos fenómenos socioculturales no tenemos un marco cronológico determinado. Más o menos, vemos a partir de qué fecha había grupos diferentes de Peñarol y Nacional. En la década de 1960 y en la de 1970 se reconocían algunos hinchas más bulliciosos. Hay recuerdos de lo que llamaban en Nacional “La batucada de la Olímpica”, que festejaba, gritaba y bailaba para celebrar un gol, y después se sentaba. Y en los 70 hay recuerdos de un grupo de hinchas de Peñarol que en el ángulo entre Ámsterdam y América veían el partido “parados”, a los que José Pedro Damiani (ex presidente de Peñarol denominaba “La caterva”.” (Osaba, 2015)

Osaba considera que para indagar cabalmente en la construcción histórica del fenómeno, por un lado, podemos rastrear en la prensa, que es la fuente a la que es más fácil acceder; por otro, hay que ver qué dicen los propios barras, desde cuándo se

recuerdan como tales. Otra fuente a la que se puede acceder es la audiovisual; en este sentido se presenta el problema de que los registros audiovisuales de radio y televisión de la década del 80 son privados. Ocurre que son de difícil acceso o que, lisa y llanamente, dejaron de existir por la falta de políticas de archivo que tienen las empresas de comunicación en Uruguay.

En la prensa, opina Osaba, hay una forma estereotipada de tratar a esos nuevos hinchas. Las mismas frases que escuchamos y leemos en la actualidad: “los inadaptados de siempre”, “bárbaros”, “esos coros de cantos soeces e impublicables”, solía publicar el diario *La Mañana*. Por otra parte, Osaba señala que en los inicios del fenómeno se constata claramente un discurso chovinista por parte de la prensa: *La Mañana* mira hacia Argentina, publica muchas cosas sobre las barras argentinas y dice: “¿Qué medidas tenemos que tomar para que eso no llegue acá?”; cuando comienza a haber algunos problemas, afirma: “Siempre copiando el mal ejemplo argentino”. Hay cierta defensa de la “tradicional convivencia en nuestras canchas que hasta no hace mucho no era alterada por estos bárbaros”. Lo que sí se nota en la prensa es que se da cuenta de que en las canchas comienza a haber grupos de hinchas diferentes al simpatizante tradicional, pero no sabe cómo calificarlo. Si en Argentina las barras nacieron como un brazo armado de la dirigencia y después entraron en el circuito de la delincuencia, no es claro que en Uruguay hayan surgido así. Sí es posible que después se hayan transformado en otra cosa, pero no en los años 80

Julio Osaba concluye que, visto el origen de las barras en retrospectiva, la primera separación de hinchadas mencionada, a partir de cierta dinámica social, necesitó o implicó nuevas separaciones sucesivas. Ese aspecto podemos analizarlo cronológicamente: “separación de las hinchadas a las tribunas populares, eliminación de los taludes, tribunas diferenciadas para ver a la selección en el estadio, y los últimos actos son el pulmón en la Olímpica y la tribuna entera para el local. En ese momento estamos ahora, (...) lo que llama la atención de la medida es que originalmente fueron recursos para salir del paso: atendían a esa coyuntura y no se tenía claro ni de qué servirían ni cómo se instrumentarían. Esa indefinición se nota en la prensa: “En el clásico de hoy se separan las hinchadas para evitar hechos violentos” aparece en un título principal, pero después no hay desarrollo. En toda la prensa no hay desarrollo. Las fuentes principales de violencia en los deportes, en general, eran lo que podemos llamar

violencia tradicional, no la que surge a partir de nucleamientos medianamente organizados.” (Osaba, 2015)

4. Fútbol, Estado e Instituciones deportivas: medidas paliativas a la vista

A nivel de la teoría, un enfoque interesante sobre el rol del Estado como mediador en la problemática de la violencia en el fútbol, a mi criterio, es el que Joseph Raz expone en su libro *The Morality of Freedom* y al que Chantal Mouffe hace referencia en su trabajo *El retorno de lo político*. Raz adopta un punto de vista “perfeccionista”, puesto que cree que el Estado debe tomar posición en lo concerniente a las diversas formas de vida posibles: debe promover ciertas formas y prohibir otras. Por tanto, a su juicio, el Estado no puede ser neutral, sino que debe revestir el carácter de un “Estado ético”, en este caso, en cuanto a la violencia en el deporte. La forma de perfeccionismo que este autor defiende no es incompatible con el liberalismo, puesto que también incluye el pluralismo. Pero los límites de ese pluralismo están dados por lo que, a su juicio, constituye el valor básico que ha de prevalecer en un Estado liberal y democrático: la autonomía personal.

La tesis central de su libro es que esa libertad personal, cuando se la entiende como si implicara un pluralismo de valores y como si tuviera en la autonomía personal su forma de expresión, debería ser estimulada por la acción política. Raz está muy cerca de John Stuart Mill, cuyo “principio del daño” hereda en forma reinterpretada, plantea Mouffe. Para Raz, este principio se refiere a la obligación del Estado de respetar ciertos límites en la promoción de sus ideales. En efecto, “dado que la gente debería vivir vidas autónomas, el Estado no puede forzarla a ser moral. Lo único que puede hacer es proporcionar las condiciones de autonomía. Utilizar la coerción invade la autonomía y por tanto se opone a la finalidad de promocionarla (...)”. (Mouffe, 1999)

En consecuencia, la autonomía servirá como criterio para decidir qué instituciones y prácticas sociales debería fomentar un Estado democrático liberal, pero que deje de lado lo individualista en pos de lo comunitario, evitando formas de daño a partir de la promoción de una educación con mayor carga de aspectos socioemocionales.

Otro posible tratamiento de la problemática de la violencia en el fútbol en este caso por parte las instituciones implicadas y los actores directamente involucrados en el fenómeno, considero es el ejemplo de la existencia de determinados mecanismos alternativos comprometidos con la causa, como la iniciativa que tuvo el Club Atlético Wanderers durante el pasado campeonato oficial.

Con la violencia instaurada en el deporte, partidos a puertas cerradas y la intención de jugar sin público visitante asomando en el horizonte, los socios bohemios demostraron que hay otro camino. Wanderers consultó a su masa social respecto a la idea de destinar una tribuna para hinchas de ambos clubes de fútbol participantes del juego. “Se cerró la encuesta con la que se consultó a la base de socios sobre la posible habilitación de una tribuna para compartir con hinchas de otros equipos”, anunció el club a través de su web oficial, instancia en la que los hinchas apoyaron que se lleve a cabo la iniciativa de la “Tribuna Tolerancia”.¹³

Retomando la idea de las emociones como móviles de las acciones, y por ende, de los cambios: ¿por qué es tan difícil que la ley moral dirija efectivamente nuestras vidas? ¿Por qué, entre las numerosas razones que condicionan la conducta, las razones éticas cuentan tan poco? Hay una respuesta simple para estas preguntas según Victoria Camps, y es que no basta conocer el mal, hay que despreciarlo. Es decir, defender el bien. “Si la respuesta no es equivocada, de ella se deduce que el deseo y el desprecio, el gusto y el disgusto, son tan esenciales para la formación de la personalidad moral como lo es la destreza en el razonamiento.” (Camps, 2011:13)

Y concuerdo con la idea de que no hay razón práctica sin emociones implicadas. Camps sostiene que “las emociones son los móviles de la acción, pero también pueden paralizarla. Hay emociones que nos incitan a actuar, otras nos llevan a escondernos o a huir de la realidad. Todas las emociones pueden ser útiles y contribuir al bienestar de la persona que las experimenta, para lo cual hay que conocerlas y aprender a gobernarlas.” Es posible hacerlo, porque las emociones, al igual que otras tantas expresiones

¹³ Según informaba Montevideo Portal el 20 de junio de este año, sobre un total de 1.318 socios contactados a través de mail, contestaron 585 y se obtuvo un 89% de aprobación a la iniciativa. Además de esos más de 500 votos a favor, hubo un 61% de los encuestados que se mostró dispuesto a concurrir a ese sector del Parque Viera. (Montevideo Portal, 20 de junio de 2017)

humanas, se construyen socialmente. Es el contexto social el que enseña a tener vergüenza o no tenerla, el que sienta las bases de la confianza, el que indica a qué hay que tenerle miedo, el que propicia o distrae la compasión. La educación moral va destinada a hacer de cada uno un ser justo, prudente, magnánimo, temperante, valiente, incorporando estos valores a su forma de ser. Pero, según Camps, ha sido la propia filosofía la que al denominar a las emociones como “pasiones”, subrayó con eso el carácter pasivo de las mismas, tomándolas como algo inevitable y, con frecuencia, molesto y perjudicial. “La vergüenza, la ira, el miedo, son sentimientos¹⁴ que nos sobrevienen y, o bien nos impiden actuar, o nos llevan a hacerlo de la forma más equivocada e irracional. De ahí que la ética se fuera entendiendo más y más como el dominio y la erradicación de las pasiones, y la sabiduría práctica, como el conocimiento que conseguía reprimirlas e intentaba eliminarlas.” (Camps, 2011:14-15)

Actualmente, se intenta corregir esta tendencia de pensamiento en el entendido de que la moralidad no se reduce a la clasificación de las acciones como buenas o malas, correctas o incorrectas, de acuerdo con normas aprendidas, sino que implica también la presencia de una sensibilidad a partir de la cual la persona siente afinidad con lo que está bien y rechazo por lo que está mal. “No es sólo un conocimiento de lo que se debe hacer, de lo que está permitido o prohibido, sino también un conocimiento de lo que es bueno sentir. (...) Entre otras cosas, porque, si el sentimiento falta, la norma o el deber se muestran como algo externo a la persona, vinculado a una obligación, pero no como algo interiorizado e íntimamente aceptado como bueno o justo. (...) La coacción de la norma y la amenaza de sanción en caso de incumplimiento ayudan y contribuyen a la formación moral, pero no consiguen una formación íntegra y duradera.” (Camps, 2011:16)

Pasando ya a lo que ocurre actualmente en la práctica, se deben destacar los mecanismos de control y de seguridad que sí existen actualmente en instancias de partidos de fútbol. Éstos constan del despliegue de unidades policiales del Ministerio del Interior como seguridad perimetral al campo de juego, cámaras de video-vigilancia ubicadas en puntos estratégicos dentro de la zona de influencia del partido, la requisita por parte de efectivos policiales a quienes ingresan al estadio, etc. Al analizar estas

¹⁴ Utilizado aquí como sinónimo de emoción.

dinámicas y tomando el texto *Gobernar desde el delito* de Jonathan Simon citado en Fernández Peredo y Rivas, podemos tomar al concepto “gobernar” desde la noción foucaultiana, como la acción destinada a estructurar el campo de acción posible de otros.

Según Simon, es posible reconocer que el delito como constructo social, en realidad no se encuentra al margen o a la periferia sino al centro del ejercicio de toma de decisiones por parte de los gobiernos regionales. Y no sólo allí: el delito violento se encuentra hoy al centro de las conversaciones interpersonales, devenido en referencia discursiva junto con la idea de inseguridad, falta (o pérdida) de valores por parte de la sociedad en general, entre otras sensaciones.

De esta forma, el delito es tomado como una dimensión clave para gobernar y así, como insumo de legitimación generador de conformidad política. La demanda social por mayor seguridad en instancias de concurrencia masiva a partidos de fútbol, por ejemplo, expande sus límites y se diversifica: ahora también son los equipos de fútbol los encargados de velar por la seguridad de quienes concurren incluso a zonas aledañas al encuentro, y para ello innovan en mecanismos controladores como las cámaras de reconocimiento facial o las medidas de control de identidad a través del registro del documento personal. La lógica del mercado ha encontrado aquí un nicho encantador para su desarrollo. El negocio de la seguridad privada y su crecimiento exponencial forman parte de ello, así como el encarcelamiento masivo.

Fernández Peredo y Rivas señalan que “este nuevo modelo de gobernanza llega a todos los ámbitos, sin intersticios. Lo público y lo privado son regidos por el riesgo. El Estado ha sufrido una transformación, y los poderes que forman el nuevo Estado Penal han quedado inmersos en esta lógica: por un lado, el ejecutivo adquiere un rol protagónico a la hora de delinear las políticas de la guerra contra el delito, adquiriendo -según el autor- rasgos autoritarios; por el otro, el legislativo, como canalizador formal, se ha tornado más pasivo; y el poder judicial ha quedado en una actitud defensiva, ante el creciente protagonismo del primero.” (Fernández Peredo y Rivas, 2016:1)

En Uruguay, siguiendo la idea que plantean estos autores, la “inseguridad” se ha instituido como una temática ineludible. Sucede algo paradójico: todo el espectro político -esto es, desde las facciones más conservadoras hasta las más progresistas- la

conceptualizan en términos de delito; ignorando deliberadamente la amplitud de dicha categoría, en tanto ello acarrearía responsabilidades que no se encuentran dispuestos a afrontar. Pese a las notables diferencias que los colocan en espacios políticos disímiles, e inclusive antagónicos, en el tema concreto de la violencia en el deporte, poco se diferencian. Las semejanzas en las posibles soluciones a esta problemática en concreto vislumbran que la lógica del gerenciamiento a través del miedo se halla tan arraigada que imposibilita su cuestionamiento, aún desde espacios críticos.

Como último señalamiento, la generación de la percepción del riesgo, vinculado a la idea del miedo al delito, se presenta inescindible de la pelea cotidiana por la construcción del sentido común. Desde esta óptica, los grandes medios de comunicación señalan lo relevante para la sociedad, y no pierden -hasta el momento- en el terreno de disputa: político, simbólico y comercial. La noción de información como bien público entra en tensión, así como la imparcialidad desde la que trabajan. En esta ecuación de gobernanza, los medios de comunicación tradicionales son instrumentos de poder, y es posible pensar entonces en la convivencia de estos dos instrumentos bajo la misma lógica: el miedo. (Fernández Peredo y Rivas, 2016:3).

Es necesario pensar en estas dinámicas y la incidencia que tienen en lo que respecta a la concepción y la gestión de la violencia en el ámbito cultural al cual hago referencia en este trabajo. La reproducción de estos mecanismos a través de procesos de socialización que parecen inalterables en la región rioplatense, y que perpetúan con intensidad las características que hacen al terreno fértil donde la política de las emociones relacionadas no parece (o no se le permite) actuar como debiera.

Conclusiones

Siguiendo con la interpretación que realiza Camps de Baruch Spinoza, un afecto sólo se corrige por un afecto más fuerte. La fuerza de una pasión sólo se domina con otra pasión, no con un conocimiento frío, abstracto y de validez universal. Asimismo, para la autora, la medida de la virtud o del término medio, según Aristóteles, debe encontrarla cada uno, ya que no existe un término medio absoluto de valentía o de templanza.

Entonces, concordando con la postura de Victoria Camps, si queremos encontrar una especie de fórmula general que resuma las enseñanzas anteriores, se puede decir que “a las emociones sólo llega a gobernarlas una pasión, la pasión por el conocimiento. El deseo de saber -(...) origen de la filosofía- es el mejor antídoto de las emociones inadecuadas.” (Camps, 2011:265)

Ahora bien, ¿alcanza con esto para erradicar la violencia del fútbol? Esta pregunta no encuentra respuesta en el presente trabajo pero sí puede pensarse y construirse a partir de las ideas que lo conforman. Mientras haya un Estado ausente, o instituciones deportivas que resuelvan la problemática con la incorporación de mecanismos de seguridad paliativos y funcionales a la lógica del mercado del miedo, una posible respuesta está nada más y nada menos que en la educación de las emociones.

Se trata de un saber práctico, “No el saber del erudito que almacena conocimientos y es un pozo de sabiduría, ni el del sabio estoico (...) Montaigne lo dice bien: “Hemos de aprender a soportar aquello que no podemos evitar. Soportarlo no es insensibilizarnos frente a ello, sino saber manejarlo y adecuarlo a nuestros fines o a los fines colectivos”. Ya lo decía Sócrates cuando refería a la mayéutica, el autoconocimiento. Conocerse a sí mismo es analizar los sentimientos, las ideas y las valoraciones que conforman la visión del mundo de cada uno para descubrir la debilidad de su fundamento y aprender a relativizarlas. (Camps, 2011:265-266)

“Ejercitarse en la práctica del autoconocimiento como base del autodomínio es, pues, por lo menos una de las finalidades de la educación. (...) Las emociones, lo hemos visto, son formas de conocimiento y de valoración de la realidad. Suscitar las emociones oportunas para conseguir ciertos modos de ver y de apreciar las cosas es educar.” (Camps, 2011:266) Por eso, la educación de las emociones no puede ser una cuestión

sólo psicológica; es sobre todo una cuestión moral y política. Si la mayoría de las emociones son nombradas como vicios o virtudes (vergüenza, compasión, envidia, etc.), es porque son coherentes o contrarias a la noción de moralidad.

Nussbaum habla de la existencia de “una conexión entre las emociones públicas, los principios políticos que guían a las naciones a la consecución de determinados objetivos y la cultura política pública. Para hacerlo expone que las emociones no son meros impulsos de los seres humanos, sino que éstas, en gran medida, tienen un contenido evaluativo, razón por la cual, al aludir a las emociones públicas, se refiere a aquellas apoyadas por el Estado.” (Nussbaum 2014:1440, en Ramírez López)

Para Rafael Bayce, Marcelo Rossal y Luciano Jahneka (2015), es preciso encontrar una salida creativa para “acercar a la opinión pública, al sentido común temático, a la acción comunitaria y a la decisión política pública a la postulación de una prevención social de la violencia, en la que los actores directos asuman la parte que le corresponde en contra de la generación de causas profundas de la violencia social y en el deporte, sin erigir malignos, dañinos e injustos chivos expiatorios ni elevar todo al nivel represivo y gubernamental o estatal. Que las comunidades se comprometan a intentar una minimización progresiva de la violencia y de sus causas profundas, como actores activamente contribuyentes y no solo como vociferantes reclamando medidas tan represivas y autoritarias como inocuas y aportadoras al miedo fascistizante y a estados policial-penales sustitutos de Estados sociales. Se intenta así evitar las demandas pasivas que eluden la participación y el involucramiento de las comunidades en la comprensión y solución de sus problemas sentidos.” (Bayce, 2015:2)

La ciencia política no puede estar ajena a esto, es imprescindible que se indague más al respecto: que se tomen los aportes de las neurociencias y que la política de las emociones sea desarrollada en pos de echar luz en terrenos poco analizados desde estas perspectivas, como el presente caso.

Bibliografía

- Bolívar Meza, R. (1999). *La política como ciencia*. Revistas UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México (México). Número 28.
- Morales, A. (2013). *Fútbol, política y sociedad: las relaciones entre el poder político, la identidad nacional y el fútbol en el Uruguay 1916-1930*. (Tesis de Maestría). Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Ravecca, P. (2007). *La ciencia política y la política de la ciencia: un ejercicio de introspección disciplinar desde América Latina hoy*. CLACSO (Argentina).
- Máiz, R. (2010). *La hazaña de la razón: la exclusión fundacional de las emociones en la teoría política moderna*. Revista de Estudios Políticos (España). Número 149.
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Editorial Herder (España).
- Ramírez López, A. (2014). *Martha C. Nussbaum, Emociones políticas: ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Editorial Paidós (México).
- Arfuch, L. (2015). *El “giro afectivo”. Emociones, subjetividad y política*. Revista de Signis: Emociones en la nueva esfera pública, Número 24.
- Vendrell Ferran, I. (2008). *Teorías analíticas de las emociones: el debate actual y sus precedentes históricos*. Universidad Complutense (España). Revista Contrastes, Volumen 14, Número 12.
- De la Nuez, P. y Wences, I. (2016) *El paradójico regreso de las emociones*. Cuadernos Hispanos (España). Número 792.
- Gioscia, L. (2017). *Cuadernos del Claeh*, (Uruguay). Volumen 37, Número 106, artículo aceptado para su publicación en el próximo.
- García Ruiz, A. (2016). *La dimensión política de la ira: una emoción ambivalente*. Presentación realizada en el marco del Seminario de Investigadores García Pelayo, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (CEPC), (España).
- Gil Blasco, M. (2014). *La teoría de las emociones de Martha Nussbaum: el papel de las emociones en la vida pública*. (Tesis de Doctorado).
- Fernández Moores, E. “Barbosa: La triste historia del arquero mal señalado como culpable del maracanazo.”, La Nación, 19 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1673463-barbosa-la-triste-historia-del-arquero-mal-senalado-como-culpable-del-maracanazo>
- Jurado, J.C. “La leyenda de Obdulio Varela”. Reportaje de Marca.com, 20 de febrero de 2010. Disponible en: http://www.marca.com/reportajes/2010/02/brasil_1950/2010/02/20/seccion_01/1266702265.html
- Nussbaum, M. (2006). *El ocultamiento de lo humano: repugnancia, vergüenza y ley*. Katz Editores.

- Jasper, J.M. (2012). *Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación*. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad (Argentina). Número 10, Año 4. Diciembre 2012-marzo de 2013.
- Bayce, R. (2000). *Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos: preguntas generales y apuntes específicos en el caso del fútbol uruguayo*. Futbolologías: Fútbol, identidad y violencia en América Latina (2003), Alabarces, P. (compilador). CLACSO. Argentina.
- Ramírez Gallegos, J.P. (2003). *Fútbol e identidad regional en el Ecuador*. Futbolologías: Fútbol, identidad y violencia en América Latina (2003), Alabarces, P. (compilador). CLACSO. Argentina.
- Ferreiro, J.P. (2003). *Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar: apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy*. Futbolologías: Fútbol, identidad y violencia en América Latina (2003), Alabarces, Pablo (compilador). CLACSO. Argentina.
- Bayce, R., Rossal, M. y Jahneka, L. (2015). *Análisis de las discursividades en torno al tema de la violencia en el deporte*. (Proyecto de Investigación). CSIC.
- Mircea, E. (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Editorial Grupo Planeta.
- Delacoste, G. (2014). *La cuestión plancha. ¿Más allá de la tolerancia? Ciudadanía y diversidad en el Uruguay contemporáneo* (2014), Gioscia, L. (coordinadora). UdelaR-FCS.
- Cristiano, J. (2014). *La música de las tribunas. Identidad y violencia en los cantos de los hinchas de fútbol y básquetbol*. UdelaR-FCS. Departamento de Sociología.
- Bounchanavong, M. (2015). “Mujeres, fútbol y política en Argentina”. En Políticas & Públicas, 1 de octubre, 2015. Disponible en: <https://www.politicasypublicas.com/mujeres-futbol-y-politica-en-argentina/>
- Viscardi, N. (2013). *Violencia en las aulas: práctica educativa, conflicto escolar y exclusión social*. (Uruguay).
- Osaba, J. “Barra de estudio”. por Aldecoa, J, La diaria, 8 de setiembre de 2015. Disponible en: <https://ladiaria.com.uy/articulo/2015/9/barra-de-estudio/#!>
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Editorial Paidós.
- “Por el buen camino: Montevideo Wanderers aprobó la “Tribuna Tolerancia” en el Parque Viera”, Montevideo Portal, 20 de junio de 2017. Disponible en: <http://www.futbol.com.uy/contenido/Montevideo-Wanderers-aprobo-la-Tribuna-Tolerancia-en-el-Parque-Viera-346520>
- Fernández Peredo, L. y Rivas, P. (2016). *Los miedos y los medios. Una reseña de “Gobernar a través del delito” de Jonathan Simon*. www.pensamientopenal.com, (Argentina).